

D. MARIANO ARTIGAS, *IN MEMORIAM*. PERFIL BIOGRÁFICO Y ACADÉMICO

[MARIANO ARTIGAS, *IN MEMORIAM*.
BIOGRAPHIC AND ACADEMIC PROFILE]

JOSÉ ÁNGEL GARCÍA-CUADRADO

Poco después de la medianoche del sábado 23 de diciembre, se nos marchó D. Mariano Artigas. Se nos fue como pasó su vida: sin hacer ruido, sin espectáculo, con sencillez y naturalidad; pero dejando la profunda huella de una vida sacerdotal fecunda y un trabajo intelectual difícil de emular. Tenía 68 años de edad. Desde hacía poco más de un año le habían diagnosticado una grave dolencia a la que se enfrentó con la serena fortaleza de un hombre de fe y con la tenacidad propia de su carácter aragonés.

Durante los últimos años de su vida recibió el reconocimiento internacional de una trayectoria investigadora ejemplar. Casi una veintena de libros publicados, algunos de ellos traducidos a varios idiomas y con numerosas reediciones; medio centenar de artículos y estudios especializados aparecidos en las mejores publicaciones de su especialidad; cientos de artículos de divulgación, etc. Recibió en 1995 un premio de la Fundación Templeton por sus estudios sobre ciencia y religión. Desde el año 2003 era miembro ordinario de la *Académie Internationale de Philosophie des Sciences*. Además en 2005 fue nombrado miembro de la Sociedad Internacional para la Ciencia y Religión, con sede en la Universidad de Cambridge. Esta Sociedad, constituida para fomentar el diálogo académico entre religión y ciencia, está formada por 126 expertos de todo el mundo y de diversas confesiones religiosas. Sus últimos libros, editados por prestigiosas editoriales (Oxford University Press y The Johns Hopkins University Press), avalan suficientemente la solidez científica y el reconocido prestigio que el profesor Mariano Artigas gozaba en la actualidad. Para los que hemos tenido la fortuna de conocerlo sabemos bien que esas distinciones y

premios no han sido fruto del azar ni de la improvisación, sino del buen hacer de toda una vida de trabajo serio y entusiasta.

Muchas emociones confluyen al recordar su figura, pero hay dos que afloran con más fuerza: la admiración y el agradecimiento. Al hilo de estos dos sentimientos quisiera evocar algunos rasgos de la vida de este sacerdote ejemplar y trabajador infatigable.

1. BARCELONA Y ROMA: PERIODO DE ESTUDIO Y FORMACIÓN ACADÉMICA

D. Mariano nació en Zaragoza el 15 de diciembre de 1938 y, como le gustaba recordar por su devoción mariana, a pocos metros de la Basílica del Pilar. Se sentía muy vinculado a esta advocación: de hecho, entre sus últimas publicaciones, junto a libros y artículos propios de un hombre de ciencia, se encuentra precisamente un artículo aparecido en una revista de Mariología, *Scripta de Maria*, dedicado a «La tradición del Pilar en Sor María de Jesús de Ágreda».

Sus orígenes aragoneses dejaron en él una impronta de noble austeridad y sencillez muy característica de su personalidad: cuando debía dar su opinión sobre algún asunto, y para no desconcertar a su interlocutor, comenzaba invocando sus raíces: «yo soy aragonés y por eso te hablaré con franqueza». Su sentido realista y práctico —que no pragmatista—, así como la perseverancia y constancia en las tareas comenzadas; su tesón y espíritu deportivo, fueron otros rasgos definitorios de su carácter.

Se trasladó a Barcelona para comenzar los estudios universitarios en Física. Una vez licenciado, marchó a Roma para completar sus estudios eclesiológicos. Allí pudo vivir muy cerca el desarrollo del Concilio Vaticano II junto al Fundador del Opus Dei, San Josemaría Escrivá de Balaguer. De la mano del que fuera el Primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra, fue madurando su fidelidad y amor a la Sede de Pedro manifestado en una oración constante y en obras de servicio abnegado. Con el tiempo, D. Mariano prestaría valiosos servicios a la Santa Sede, y en los últimos años recibiría el nombramiento de Consultor del Consejo Pontificio para el Diálogo con los no creyentes, así como el de miembro ordinario de la Pontificia Academia de Santo Tomás.

De su estancia romana, D. Mariano recordaba los exigentes exámenes orales, en latín, ante un verdadero «tribunal» eclesiológico. El tiempo escaseaba y en los viejos tranvías romanos, D. Mariano adquirió el hábito de leer y estudiar aprovechando los largos trayectos que le separaban de la Universidad La-

teranense. Hábito, por cierto, que mantuvo a lo largo de toda su vida. En Pamplona, no era infrecuente ver la imagen del sabio profesor caminar con un libro entre las manos, al tiempo que estaba pendiente sin gran esfuerzo de las incidencias del tráfico. Con frecuencia tranquilizaba a los que le deseábamos larga vida, asegurándonos que tomaba todas las precauciones pertinentes para no provocar ningún accidente, ni ser víctima de ningún automovilista menos avezado. Lo que nos sorprendía no era tanto que pudiera leer mientras caminaba, sino que «se enteraba» de lo que leía. Alguna vez le oí comentar que entre sus lecturas peripatéticas, entre otros libros, había leído —y puedo afirmar que con aprovechamiento— la *Suma contra gentiles* de Santo Tomás. Los que conocimos de cerca a D. Mariano sabemos que no se trataba de un *snobismo* de *rara avis* sino de una manifestación de su pasión por exprimir el tiempo y trabajar con ilusión, sin ahorrar esfuerzo. Sólo así se explica la extraordinaria capacidad de trabajo intenso que logró desarrollar a lo largo de su vida.

En julio de 1963 defendió su tesis doctoral en la Facultad de Filosofía de la Universidad Lateranense. Su investigación llevaba por título «El problema de la substancialidad de las partículas elementales: estudio sobre la aplicabilidad de la noción de substancia en la microfísica», y fue dirigida por el profesor Roberto Masi. El problema elegido en este trabajo no era sencillo: se trataba de armonizar las modernas explicaciones físicas con las categorías filosóficas heredadas de la cosmología escolástica. Si bien es cierto que esas categorías cosmológicas podían y debían ser reformuladas a la luz de las nuevas perspectivas científicas, no es menos cierto que las ciencias de la naturaleza no pueden prescindir de unas bases filosóficas sobre las que se sustentan las teorías científicas. Ésta fue, sin duda, una de las claves del pensamiento que el profesor Artigas desarrolló a lo largo de su vida académica.

2. DE NUEVO EN BARCELONA

En 1964 D. Mariano recibió la ordenación sacerdotal y regresó a Barcelona. Allí, durante más de veinte años, fue capellán del Colegio Mayor Monterosols. Son cientos los estudiantes universitarios que durante esos años tuvo la oportunidad de tratar sacerdotalmente. Con su carácter sereno y discreto, junto a su afición de gran deportista, supo granjearse la confianza de aquellos universitarios que encontraban además en D. Mariano al estudioso que sabía estar al día de los principales debates científicos.

Los años de Barcelona fueron años de un intenso trabajo intelectual. Junto a la amplia tarea sacerdotal que desempeñaba, supo sacar tiempo para com-

pletar su formación académica al más alto nivel. En octubre de 1968 obtiene el Grado de Doctor en Ciencias Físicas por la Universidad de Barcelona, con una tesis que llevaba por título: «Relación y estructura en la mecánica newtoniana», dirigida por los profesores Roberto Saumells y Luis María Garrido. Desde ese año hasta 1972 imparte cursos ordinarios de Filosofía de la Naturaleza y cursos monográficos de Epistemología en esa misma Universidad. Años más tarde esos cursos serían la base para elaborar su manual de *Filosofía de la Naturaleza*, y el libro *El desafío de la racionalidad*. Desde 1973 hasta 1978 desempeñó su tarea docente como profesor de Teología en el Instituto de Estudios Universitarios.

En junio de 1979 obtiene el Doctorado en Filosofía, también en la Universidad barcelonesa, con una investigación sobre «La confiabilidad de la ciencia y su impacto filosófico», dirigida por el catedrático Francisco Canals. Fruto de esa investigación es un breve estudio crítico sobre el libro *La búsqueda sin término* de K. R. Popper. La relación intelectual con este autor, con el que se entrevistó y mantuvo correspondencia frecuente, puede considerarse paradigmática de su quehacer intelectual. La crítica a Popper, científico agnóstico, estuvo siempre impregnada de respeto y admiración: sin ser popperiano, D. Mariano supo valorar las interesantes perspectivas que abrió este autor en la epistemología contemporánea y sus aportaciones para determinar la validez de la ciencia experimental. Así se explica que años más tarde tuviera el privilegio de editar (en inglés y castellano) unos comentarios inéditos del filósofo austriaco sobre Bartley y el racionalismo crítico.

Los años de convivencia con los universitarios fueron ocasión para dar a conocer —de manera rigurosa y sencilla— los principales debates de actualidad sobre ciencia y religión. Sabía estar al día: en ese tiempo comienza a publicar numerosas reseñas en la revista «Investigación y ciencia» y en el servicio «Aceptensa» sobre libros y autores de actualidad científica. Esas amplias reseñas o reseñas de libros no son un género menor dentro de sus publicaciones; más bien constituyen un elocuente testimonio acerca del «humus» del que se alimentaban sus escritos mayores. Además, D. Mariano poseía una gran facilidad para divulgar: tenía muy buena pluma; sabía presentar de manera muy atrayente y amena, sin perder seriedad académica, los temas de actualidad científica. Para él, el apartado de «artículos de divulgación» dentro de un currículum académico no era un desdoro, sino más bien la constatación de que la competencia académica no equivale a la ininteligibilidad de una jerga accesible sólo a unos pocos. Esa preocupación divulgativa sería quizás después decisiva para introducirse con facilidad en el mundo editorial anglosajón, más directo y didáctico que el mundo académico continental. Pero, quisiera subrayarlo de nuevo, la facilidad de pluma fue el fruto de una larga y disciplinada tarea de años.

Si dejamos aparte el estudio crítico sobre Popper antes citado, los primeros frutos editoriales tienen ese carácter de alta divulgación. En 1984 publica *Ciencia, razón y fe*, con prólogo de Evandro Agazzi, libro del que se han publicado seis ediciones. Y pocos meses después aparece otro de sus libros más conocidos: *Las fronteras del evolucionismo*, con prólogo del premio Nobel de Medicina Sir John Eccles, y un epílogo en forma de entrevista con el mismo autor al que le unía una estrecha amistad. Este libro pronto se tradujo al portugués y al italiano: cuenta en la actualidad con seis ediciones en castellano. En esas páginas plantea de modo sencillo y riguroso los logros de las explicaciones evolucionistas, pero indicando también de modo crítico los límites de sus hipótesis al tratar de dar cuenta de la específica espiritualidad del ser humano. Para él, la teoría científica de la evolución se mueve en un ámbito de conocimiento distinto a la doctrina creacionista. Si hay confrontación entre evolución y creación se debe a un mal planteamiento epistemológico del problema. Por eso, al profesor Artigas le gusta hablar de un «creacionismo evolutivo» o de un «evolucionismo creacionista». En los debates actuales entre evolucionistas y creacionistas —especialmente en el ámbito anglosajón a propósito de la teoría del *Intelligent Design*— esta postura respetuosa con la ciencia y con la fe puede ayudar a plantear adecuadamente la polémica relación entre ambas. De esos años son también la breve *Introducción a la Filosofía*, y el manual de *Filosofía de la Naturaleza* elaborado en colaboración con el Profesor Juan José Sanguinetti, y que fue posteriormente reelaborado y traducido al italiano.

3. LOS INICIOS DE LA FACULTAD ECLESIASTICA DE FILOSOFÍA

A lo largo de esos intensos años barceloneses, D. Mariano ya había adquirido un sólido prestigio académico internacional. En 1987 es nombrado Profesor Ordinario de Filosofía de la Naturaleza y Filosofía de la Ciencia en la Universidad de Navarra. A los pocos meses es nombrado Decano de la Facultad Eclesiástica de Filosofía que en 1988 comenzaría a dar sus primeros pasos. Quisiera detenerme brevemente en este aspecto de su biografía que tuvo la fortuna de vivir más de cerca.

Desde los primeros años de la década de los sesenta, la Universidad de Navarra ya contaba con la especialidad de Filosofía, que otorgaba títulos de licenciatura y doctorado con plena validez civil. En pocos años había adquirido una plantilla docente muy cualificada, organizaba anualmente las Reuniones Filosóficas de ámbito internacional, y contaba con una revista especializada (*Anuario filosófico*) de periodicidad semestral. Sin embargo, no se contaba con

la facultad de expedir títulos de validez eclesiástica, y se vio oportuno proceder a la erección de la Facultad Eclesiástica de Filosofía para ofrecer la cualificación académica correspondiente al grado de Bachiller, Licenciado y Doctor. De esta manera, muchos sacerdotes podrían habilitarse como profesores de seminarios y facultades eclesiásticas en todo el mundo. La Facultad Eclesiástica de Filosofía se sumaba así a las otras facultades eclesiásticas del campus de Navarra: Derecho Canónico y Teología.

Así pues, cuando en marzo de 1988 fue erigida la Facultad, y nombrado su primer Decano, D. Mariano Artigas no partía de cero. Las asignaturas del ciclo I ya venían impartándose con regularidad dentro de los estudios institucionales de la Facultad de Teología. Las materias correspondientes al ciclo de licenciatura se impartían en parte en la Facultad de Filosofía y Letras, pero era necesario elaborar un plan de estudios que se ajustara a las directrices de la constitución *Sapientia Christiana*. Otro tanto cabe decir de los estudios de doctorado. La junta de Facultad estaba compuesta, además de D. Mariano, por D. Modesto Santos (Vicedecano), D. Jaume Pujol (Director de estudios, y actual Arzobispo de Tarragona), y el secretario era José Manuel Zumaquero (actual Gerente de la Universidad de Navarra). Estos dos últimos, ocupaban esos mismos cargos en la junta directiva de la Facultad de Teología. No era fácil conocer en detalle las nuevas normativas y aplicar con flexibilidad y rigor los planes de estudios; el asesoramiento de los alumnos de muy diversa procedencia geográfica y cultural; atender con dedicación la dirección de tesis y tesinas; los diversos tribunales de Grado; etc. Esas tareas las supo desempeñar D. Mariano durante muchos años, con generosidad de esfuerzo y dedicación. D. Mariano —a sugerencia del Gran Canciller, Monseñor Álvaro del Portillo— emprendió algunos viajes por diversos países de Europa y Latinoamérica para dar a conocer la Facultad recién nacida. Estuvo dos semanas en Polonia, donde tuvo la oportunidad de entrevistarse con obispos y autoridades eclesiásticas. Durante los veranos visitó —impartiendo cursos y conferencias— diversas universidades latinoamericanas (Lima y Piura en Perú; Panamericana en México, La Sabana en Colombia, Los Andes en Chile, etc.) y europeas (Suiza, Holanda, Roma). En los años sucesivos fueron llegando estudiantes de diversos países y pronto se consolidó un grupo estable de alumnos que cada año comenzaba sus estudios de grado.

D. Mariano fue Decano de la Facultad Eclesiástica de Filosofía durante casi diez años: este dato manifiesta por sí sólo la disponibilidad y espíritu de servicio para hacerse cargo de unas tareas que requieren unas energías que podrían emplearse en labores más gratas. Con posterioridad, en dos periodos distintos (desde 1998 hasta el 2001, y del 2004 hasta su muerte) ocupó el cargo de

Vicedecano en la misma Facultad. Desde luego, para los que trabajamos junto a él durante esos años fue siempre una garantía contar con sus puntos de vista ponderados y certeros.

Al pasar los años se me ha hecho más evidente que gran parte de la tarea directiva de D. Mariano se centró en la formación de los que con el tiempo tendríamos encomendadas esas tareas. Sin precipitación y con constancia, nos hacía partícipes de las características y funcionamiento de la Facultad. Nos explicaba con paciencia y serenidad los Estatutos aprobados por la Congregación para la Educación Católica y las directrices emanadas de esa Congregación; nos enseñaba a redactar escritos, lidiando con las comas y puntos hasta conseguir esa precisión, pulcritud y sencillez propia de sus escritos. Sabía también encauzar nuestras propuestas con realismo, y nos estimulaba constantemente a estudiar, trabajar, asistir a congresos y publicar. Desde luego, en esto último, teníamos un ejemplo muy vivo y cercano.

4. DOCENCIA Y NUEVAS PUBLICACIONES

Las tareas de gobierno de la Facultad no interrumpieron su ritmo creciente de trabajo, sereno y entusiasta a la vez. En esos años no abandona su preocupación por la divulgación de altura universitaria. En 1992 publica el libro *Ciencia y fe: nuevas perspectivas*, así como *El hombre a la luz de la ciencia*. Este último libro manifiesta una honda preocupación humanística. D. Mariano, hombre de ciencia, es consciente de que los avances científicos han llegado a configurar también la imagen que el hombre tiene de sí mismo. Pero la ciencia experimental no puede dar cuenta de los aspectos más esenciales y nucleares de la persona humana: la espiritualidad y la trascendencia. Con palabras de Eccles le gustaba recordar que el mundo del espíritu es en última instancia más familiar a nuestra experiencia que el mundo de «la materia» —concepto éste, por lo demás, no menos problemático que el de «espíritu»—. A propósito de este libro, D. Mariano solía recordar con satisfacción que cuando ya tenía avanzada su redacción, en un encuentro con el Gran Canciller de la Universidad —en aquel entonces Mons. Alvaro del Portillo—, éste se ofreció a prologarlo; posteriormente añadió al libro un epílogo con un diálogo sobre «Ciencia y conciencia» con Mons. del Portillo, que con gran sensibilidad también para las cuestiones científicas seguía muy de cerca y con vivo interés las publicaciones de D. Mariano, y le estimulaba con frecuencia a continuar esa tarea.

Con todo, en los años transcurridos en la Universidad de Navarra, las publicaciones del profesor Artigas se encaminaron principalmente a la Epistemo-

logía y la Filosofía de la Ciencia. Así, en el año 1989, saca a la luz su *Filosofía de la ciencia experimental*, que cuenta en la actualidad con tres ediciones, y una reciente edición inglesa (*Knowing things for sure. Science and Truth*. The University Press of America, 2006). Una de las coordenadas fundamentales de su pensamiento es el respeto por la actividad científica: los logros y conquistas de la Ciencia no pueden ser silenciados; pero si la investigación científica se erige como el único modelo epistemológico y como criterio último de verdad, ella misma se autodestruye. Si la ciencia olvida sus presupuestos filosóficos realistas (la existencia de una verdad extramental y la capacidad humana de conocerla) la ciencia está destinada a ser un instrumento al servicio de intereses inconfesables. Posteriormente publica diversas monografías como *El desafío de la racionalidad* (1994), y *Lógica y ética en Karl Popper* (1998) ya aludida anteriormente; y en 1999 el manual de *Filosofía de la ciencia*. Además, sigue cultivando su interés por la Filosofía de la Naturaleza: en 1992 publica *La inteligibilidad de la naturaleza*. En 1995, la Fundación Templeton premia sus estudios sobre Ciencia y Religión, y le concede una ayuda para redactar una de sus obras más representativas: *La mente del universo*, que apareció casi simultáneamente en castellano y en inglés (2000).

5. PUESTA EN MARCHA DEL CRYF

Cuando D. Mariano dejó la junta directiva de la Facultad Eclesiástica de Filosofía, después de doce años, un nuevo reto fundacional le esperaba. La adecuada síntesis entre los saberes científicos y humanísticos ha sido, y continúa siendo, una de los principales retos de la Universidad de Navarra. A este aspecto se refirió el entonces Cardenal Ratzinger en enero de 1998 durante su estancia en Pamplona con motivo de su doctorado «honoris causa» por esta Universidad: «Creo que el sentido de la Universidad no puede ser el de una yuxtaposición de escuelas altamente especializadas, sino que su esencia es abrir las disciplinas a un diálogo verdadero» (Encuentro con los medios de comunicación en la Universidad de Navarra, 2.II.1998).

Para esa síntesis integradora era preciso establecer unos cauces institucionales que facilitaran el diálogo interdisciplinar. Desde 1999, un grupo de profesores de distintas Facultades, aglutinados en torno a D. Mariano Artigas, tuvieron una serie de encuentros informales que acabaron fraguando en el 2002 en la constitución formal del Grupo de Investigación sobre Ciencia, Razón y Fe (CRYF). Este Grupo tiene por objeto el promover el estudio interdisciplinar de cuestiones en las que se entrecruzan las áreas de ciencias, filoso-

fía y teología, como, por ejemplo, el origen del universo; el evolucionismo; orden, complejidad y finalidad; naturaleza y persona; ciencia y verdad; ciencia y religión, etc.

D. Mariano fue desde el comienzo el director de este Grupo al que se han ido sumando profesores de otras Universidades. En la actualidad son miembros colaboradores, entre otros, los profesores Evandro Agazzi (Universidad de Génova), Marie I. George (St. John's University), William Shea (Cátedra Galileana de Historia de la Ciencia. Universidad de Padua), Juan Arana (Universidad de Sevilla), David Jou (Universidad Autónoma de Barcelona), Daniel Turbón (Universidad de Barcelona), etc. En pocos años de actividad han organizado ya diversos seminarios y cursos de actualización para profesores. Como ya le correspondiera hacer en otras ocasiones, D. Mariano supo mantener la ilusión de todos los miembros, con sentido realista pero sin conformismos.

6. FE Y CIENCIA: DARWIN, GALILEO Y LOS ORÁCULOS DE LA CIENCIA

D. Mariano era un hombre de su tiempo, apasionado por los avances técnicos y científicos; con gran naturalidad iba incorporando las nuevas tecnologías en su trabajo y en la docencia. En la Facultad era casi siempre pionero a la hora de utilizar en las clases las —en su momento— revolucionarias «transparencias». Con los nuevos ordenadores sabía sacar provecho de los recursos en Internet (*power-point*, cámara digital, y últimamente, el *skype*). Se alegraba sinceramente de los progresos científicos. Era, al mismo tiempo, un hombre de fe recia y honda. En su vida intelectual ciencia y fe se integraban con naturalidad, sin complejos ante la ciencia, reconociendo sus conquistas y señalando sus límites; al mismo tiempo no cedía ante cómodas posiciones atrincheradas en el fideísmo. Con el convencimiento de que la verdad de fe y la verdad científica, si son ciertas no pueden oponerse, se enfrentaba a los puntos más controvertidos de la filosofía de la ciencia actual. La fe, y más concretamente el Magisterio de la Iglesia, no se opone al avance de la ciencia. Y puesto que Galileo y Darwin han sido presentados con frecuencia como paradigmas del conflicto entre Iglesia y ciencia, en los últimos años centró su interés en estudiar a fondo a estos dos autores. Con rigor histórico, sin apasionamientos ni prejuicios, investigó en Archivos y documentos que le llevaron a descubrir documentos inéditos, y a trabajar con los máximos especialistas en la materia.

Fruto de sus investigaciones son el libro *Galileo en Roma. Crónica de 500 días* en colaboración con William R. Shea, editado en castellano y en inglés en

una prestigiosa editorial anglosajona (*Galileo in Rome. The Rise and Fall of a Troublesome Genius*, Oxford University Press 2003): también llegó a ver —con gran ilusión— la edición japonesa de este libro, que se publicará también en alemán, italiano y coreano. Uno de sus últimos libros, editado en inglés en colaboración con el mismo autor (*Galileo Observed. Science and the politics of belief*, Science History Publications 2006), se centra en la exposición y análisis histórico de las diversas posturas sobre el Caso Galileo. Fruto también de sus investigaciones en los Archivos Vaticanos es el libro todavía inédito, escrito en colaboración con el Subsecretario del Pontificio Consejo para la Cultura, Mons. Melchor Sánchez de Toca, que lleva por título *Galileo y el Vaticano. Los documentos de la Comisión Pontificia*. Por lo que respecta a Darwin, en 2005 publicó el libro *Negotiating Darwin. The Vatican confronts evolution, 1877-1902* en la editorial The Johns Hopkins University Press, en colaboración con el profesor norteamericano Thomas Glick (Boston University) y uno de sus discípulos, el profesor Rafael Martínez (Pontificia Università della Santa Croce, Roma).

Ciencia y religión en científicos actuales es el tema central del último libro que D. Mariano pudo ver impreso pocos días antes de su muerte: *Oracles of science. Celebrity scientists versus God and religion*, escrito en colaboración con el profesor norteamericano Karl Giberson, publicado también en Oxford University Press. Se trata de un análisis crítico del pensamiento de seis famosos y cualificados científicos, que por su estilo persuasivo influyen notablemente en el gran público. Los autores se proponen salir al paso de la posible incompatibilidad entre religión y ciencia, con una crítica serena y equilibrada de dichas posturas.

7. 2006: ANNUS MIRABILIS

A finales del verano del 2005, D. Mariano comenzó a sentir algunas molestias, y los médicos le aconsejaron someterse a un análisis más completo y detenido. A mediados de septiembre de ese año le diagnosticaron un tumor maligno de muy difícil curación. Desde el primer momento fue consciente de la gravedad de su enfermedad y se dispuso a pelear con tesón y serenidad. Comenzó el tratamiento y respondió de modo muy positivo. En febrero del 2006 le sometieron a una compleja intervención quirúrgica: la rehabilitación fue lenta y dolorosa. Pero, de nuevo su fortaleza interior parecía sobreponerse a las dolencias. Incluso en las fases más duras de la enfermedad seguía trabajando, si era posible en el despacho de la Facultad. Fruto del trabajo de estos meses es la elaboración de un diccionario sobre ciencia y religión, que pudo terminar pocas semanas antes de ingresar de nuevo, ya por última vez, en la Clínica Universi-

taria. Allí tuvo momentos críticos, pero de nuevo, ante la perplejidad de los médicos salía adelante de modo admirable. Una semana antes de su fallecimiento, el 15 de diciembre, día de su cumpleaños, recibió numerosas visitas —entre otras la de su hermana Ana—, correos electrónicos, llamadas de colegas y amigos, alumnos a los que asesoraba. El día anterior, postrado en cama, había estado trabajando —¡cómo no!— en otro proyecto de investigación de los que él seguramente no vería sus frutos aquí en la tierra. Todavía cuatro días antes de fallecer siguió trabajando en la corrección de un artículo de uno de los miembros del CRYF.

Sabía que éramos muchos los que llevábamos tiempo rezando por su curación; y agradecía muy de veras esas oraciones: «hay muchos rezando por mí», comentaba cuando encomiábamos su sorprendente fortaleza. En efecto, éramos muchos los que pedíamos a Dios que D. Mariano se quedara con nosotros todavía unos años más. Ahora, junto al dolor por su ausencia sale espontáneo el agradecimiento por el último periodo de su vida. Su último año ha sido realmente —como se recordó después de su muerte— un *annus mirabilis*, un año admirable: casi doce meses de intenso trabajo en los que, de alguna manera, ha visto coronada su obra intelectual: los libros que aparecieron en las últimas semanas del año 2006, fueron el fruto de diversos estudios en los que llevaba trabajando durante muchos años. La relación de publicaciones es asombrosa y da una muestra de la relevancia de su aportación filosófica.

Pero no sólo fueron meses de trabajo: también fueron meses especialmente intensos y ricos en oración, de amor a la Eucaristía y a la Virgen, de dedicación a los demás (todos los viernes por la mañana hablaba con sus alumnos asesorados). Durante los últimos meses, cuando el cansancio y el desgaste del tratamiento hacían mella, fueron muchos los ratos entrañables en los que hablábamos de nuevos libros, planes para la Facultad, posibles temas de tesis doctorales...

Este último tramo de su vida lo ha vivido con la naturalidad de siempre. El trabajo intenso no constituía para él un coto cerrado que absorbía todas sus energías. Sabía disfrutar de sus sencillas aficiones: ratos de deporte, largos paseos por los senderos de Navarra; los lunes no faltaban los comentarios sobre el campeonato de fútbol y su Zaragoza C. F. Y sobre todo, sacaba tiempo con naturalidad para atender su labor sacerdotal. Durante los últimos años fueron muchas las horas que pasó en el confesionario de la Clínica atendiendo sin prisas a gente de toda condición.

A raíz de su fallecimiento se han recibido numerosos testimonios y condolencias: compañeros de estudios, profesores de sus años de Barcelona, ami-

gos, antiguos alumnos; etc. No han faltado eclesiásticos y hombres de ciencia que han compartido con él inquietudes y proyectos, y han visto en D. Mariano un colega y un amigo. Entre esos testimonios quisiera detenerme en dos de ellos. El primero es una carta al director aparecida en la prensa local de un lector de D. Mariano: no lo había tratado en vida, ni había asistido a sus clases, pero quería expresar su agradecimiento por lo que había aprendido a través de sus libros, claros, amenos y penetrantes. El otro testimonio, es el de un sacerdote, antiguo alumno de la Universidad: destacaba su humildad, su sencillez, y la paternidad de su vida sacerdotal.

Durante la misa funeral celebrada el 24 de diciembre, se leyeron unas palabras que el Gran Canciller de la Universidad, Monseñor Javier Echevarría, dirigió con motivo del fallecimiento de D. Mariano: «¡Cuánto bien nos ha hecho a todos, con su entrega heroica, con su vida de piedad, cuando gozaba de una salud desbordante y cuando estaba enfermo!». En efecto, su vida ha sido muy intensa y relativamente corta; pero ya D. Mariano ha visto el fruto cuajado de muchos años de dedicación sacrificada a la Universidad. A los que con él hemos trabajado nos ha legado un claro ejemplo de laboriosidad y servicio, y ha abierto ambiciosas perspectivas que inspirarán sin duda la investigación de muchos otros que vendrán a lo largo de los años.

José Ángel GARCÍA-CUADRADO
Facultad Eclesiástica de Filosofía
Universidad de Navarra
PAMPLONA